

# Atlas de la diversidad

## Prólogo

Por Federico Mayor Zaragoza

“La defensa de la diversidad cultural es un imperativo ético inseparable del respeto de la dignidad de la persona humana”  
(Artículo 4º de la Declaración Universal de UNESCO sobre la Diversidad Cultural, noviembre 2001)

“La cultura adquiere formas diversas a través del tiempo y del espacio. Esta diversidad se manifiesta en la originalidad y la pluralidad de las identidades que caracterizan los grupos y las sociedades que componen la humanidad. Fuente de intercambios, de innovación y de creatividad, la diversidad cultural... constituye el patrimonio común de la humanidad y debe ser reconocida y consolidada en beneficio de las generaciones presentes y futuras”. Así se inicia la Declaración de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural, proclamada en el mes de noviembre del año 2001. En evolución permanente, la diversidad cultural, como sucede con la natural y social, no sólo debe protegerse sino fomentarse.

Diversidad infinita. Ya Charles Darwin, en las Islas Galápagos, con el navío *Beagle* al fondo, escribió – lo he contado muchas veces como bioquímico – en su carnet de notas: “La vida es formas sin fin”. Cada ser distinto y en metamorfosis constante. Y, frente a este cambio, unidad esencial: el mismo lenguaje de la vida, por la complementariedad espacial de las bases púricas y pirimidílicas que forman parte de los ácidos nucleicos; la misma “moneda” biológica (el ATP, o adenosin.trifosfato); los mismos procesos metabólicos fundamentales; los mismos esquemas fisiopatológicos... .

En el caso de los seres humanos, a la unicidad biológica se une la intelectual debido a la desmesura creativa, a su facultad distintiva de reflexionar, inventar, imaginar, prever. ¡Cada persona única! Esta característica es la mayor riqueza de la humanidad. Estar unidos alrededor de unos cuantos principios universales es su fuerza. La pertenencia a un pueblo, a una cultura, a unas creencias determinadas, debe enmarcarse en un proceso de revisión, reafirmación, interacción. Cualquier extremismo, fanatismo, dogmatismo, se opone, en sus propias raíces, a lo que es realmente esencial: la diversidad consciente. Es precisamente la educación – que nos permite llegar a dirigir con sentido nuestra propia vida – la que libera de adherencias, de intransigencias y, abierta permanentemente al encuentro y a la escucha, decide y elige cotidianamente y establece lo que quiere conservar y lo que quiere modificar, manteniéndose en una situación de intercambio. Que a nadie se le sustraiga lo que desea guardar, que a nadie se le imponga una forma de actuar. Porque nadie ha elegido nacer, ni el color de su piel, ni el lugar, ni el contexto religioso o social. Y, en consecuencia, no puede vanagloriarse de lo que le ha sido dado. Lo que se hace, eso sí, es nuestra responsabilidad y debe ser el fruto de la irrestricta libertad de pensamiento. Respuestas propias, no prestadas ni dictadas, rehechas cada día. Respuestas en favor de las cuales podemos y sabemos argüir. Es así como se defiende la identidad cultural, a la intemperie, y no en el aislamiento y la protección. En un recinto amurallado, en una actitud permanente de repliegue, las culturas se marchitan y declinan.

Mezcla forzada, crisol impuesto, hebra a hebra se ha ido tejiendo el multicolor tapiz, la urdimbre mestiza que hoy constituye buena parte de nuestra esperanza para enfrentarnos a los grandes desafíos con los que se inicia el tercer milenio. Éxodos, exilios, emigraciones, normalmente en

contra de la propia voluntad, han ido conformando los mapas que caracterizan en la actualidad nuestro planeta. Mapas en los que los trazos invisibles son muy superiores a los aparentes, mapas en que símbolos culturales de tanto relieve como las lenguas languidecen o se apagan para siempre. Tradiciones hechas de miles y miles de días y de años, de esfuerzos, y de ingenio, se extinguen en silencio. Pienso sobre todo en estos monumentos culturales que constituyen cada una de las formas de expresión, que han hecho posible la comunicación, que son el alma de las civilizaciones, de la cultura popular y personal.

Educación para desbrozar lo importante de lo accesorio. Educación para ser autores y actores, sin dejarnos arrastrar, como espectadores pasivos, por los atractivos de un inmenso poder mediático, que conduce a la uniformización y, a lo que es peor, la gregarización. Imperceptiblemente, nos distraen, nos acallan, nos hacen sentir incapaces para la participación, el pluralismo y la tolerancia. Para no sucumbir a estos vendavales son imprescindibles una visión global del conjunto de la humanidad, de su inmenso potencial; una acción transdisciplinar, juntando los conocimientos y experiencias de muchos para abordar en toda su complejidad la realidad que pretendemos transformar; y extender nuestra mirada hacia el futuro, ya que esta visión prospectiva permite enderezar muchas tendencias y evitar escenarios indeseables para nuestros descendientes. Visión global y acción local. “Si quieres ser universal, ama a tu pueblo”, recomendó el mismo genio de la poesía Don Antonio Machado que escribía en uno de sus cantares: “Es de necio confundir valor y precio”. Nuestras acciones, a escala nacional y mundial, deben ser guiadas por unos cuantos valores universales, imperecederos. Hoy en día – y ésta es una de las grandes contradicciones que debemos procurar corregir con apremio – la democracia interna se enfrenta a la oligocracia e incluso a la hegemonía a

escala mundial. Por muchas razones, es hoy más urgente que nunca disponer de unas Naciones Unidas de gran eficacia, ya que es únicamente en un contexto ético-jurídico global que todas las identidades serán respetadas y todos los extremismos prevenidos.

“La tolerancia – establece el artículo 1º de la Declaración de la UNESCO de noviembre de 1995 – consiste en el respeto, la aceptación y el aprecio de la rica diversidad de las culturas de nuestro mundo... . La tolerancia consiste en la armonía en la diferencia”. Para hacer posible esta armonía, es necesario forjar a lo largo de todo el proceso educativo (es decir, a lo largo de toda la vida) actitudes de escucha, de diálogo, de interacción, de enriquecimiento recíproco. Infundir en todas las familias, escuelas, organizaciones privadas y públicas, el cumplimiento de los cuatro pilares que la comisión presidida por Jacques Delors estableció para la educación en el siglo XXI: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a ser y aprender a vivir juntos. Sólo de este modo transitaremos desde una cultura de imposición y de violencia en la que hemos vivido, preparando la guerra desde tiempo inmemorial, a una cultura de paz, de entendimiento y conciliación, basada en la palabra y no en la fuerza, en la argumentación y no en la espada. Cultura de paz que no sólo conserva y salvaguarda la pluralidad sino que fomenta su incesante evolución. Para ello es necesario que se eleve un gran clamor desde todos los rincones de la tierra, que se unan las voces de los ciudadanos para que, todos distintos, todos juntos, consigan esclarecer los sombríos albores de siglo y de milenio que vivimos.

No basta con estar convencidos. Es preciso convencer. Convencer de que la diversidad no es un peligro, sino todo lo contrario: es el impulso que puede recomponer, física y espiritualmente, el trastocado y confuso mundo actual. Convencernos y convencer: esta es la aportación que proporciona

la presente obra, de extraordinaria envergadura. Son muchos los especialistas de gran prestigio que se han unido para ofrecernos lo mejor que cada uno atesoramos: nuestra experiencia. Por su complejidad y alcance requería la colaboración de muchos autores (geógrafos, antropólogos, biólogos, sociólogos, demógrafos, ...). No es una cuestión de disponibilidad de datos, hoy tecnológicamente posible. Se trata de seleccionarlos con los criterios adecuados, con rigor científico, con clara visión de lo que se pretende mostrar y sugerir en cada caso. La cartografía es una de las formas más expresivas de comunicación. Une el “mensaje” con las imágenes, con el impacto de las fotografías, historia “congelada” que tantas emociones, pensamientos, lecciones, transmiten. Se logra, en el conjunto, decir mucho en poco espacio. Esta es la clave de este formidable Atlas que tenemos ante nosotros.

Insisto en que conocer la realidad con la mayor profundidad posible es la condición *sine quae non* para poder transformarla. Y hoy esta transformación no es sólo una posibilidad, sino una auténtica exigencia moral. De otro modo, los intelectuales no hacemos cómplices de quienes, por unos motivos u otros, están conduciendo al mundo, por acción u omisión, a una situación que no podemos legar a nuestros hijos.

Estamos sumergidos en información, pero nos faltan conocimientos. Este Atlas permite una gran aproximación a la realidad, por la forma en que presenta los datos, por la visibilidad que confiere a los entreverados y complejos temas que aborda. Conocer el pasado y la situación presente, aprender bien sus lecciones, es imprescindible. Pero el pasado ya no puede rehacerse. Sólo puede describirse. El futuro está por hacer, está “por – venir” y constituye la gran responsabilidad cara las generaciones que llegan a un paso de nosotros.

Diseñar el futuro. Otro futuro que aquel al que conducirían las tendencias actuales. Después de contemplar y leer este Atlas, nos sentimos más “nosotros”, desde el “yo” que aparece tan inmenso y minúsculo a la vez. Y nos hacemos “nos-otros”.

El director de esta obra monumental, el profesor Carles Carreras y Verdaguer, catedrático de geografía humana de la universidad de Barcelona, con la colaboración imprescindible de Roger Pubill i Porta, ha sabido articular magistralmente las aportaciones de tan diversos y notorios especialistas. La editorial Enciclopedia Catalana ha conseguido una publicación de una calidad extraordinaria. Es el resultado de una “cooperación” perfectamente medida, que proporciona, como antes apuntaba, mucho más que información sobre variadas facetas de la realidad actual. Proporciona ideas para un diseño distinto de nuestra acción. Un convencimiento fluye de estas páginas: la democracia es el único contexto en el que es posible el encuentro y el diálogo que la evolución de la diversidad requiere. Y la paz es requisito ineludible para el pleno ejercicio de los derechos humanos. Pero no la paz de la seguridad, de la que la humanidad tiene ya suficiente y amarga experiencia, sino la seguridad de la paz y de la justicia.

El siglo XXI, por el progreso tecnológico de las telecomunicaciones y de las facilidades de transporte, será el siglo sin fronteras, en que se hará realidad el inicio de la Carta de las Naciones Unidas : “Nosotros, los pueblos...”. Compartir – la gran asignatura pendiente de nuestro tiempo – el conocimiento y sus aplicaciones para que todos los habitantes de la tierra, y no sólo los que habitan en el barrio próspero de la aldea global, puedan beneficiarse de ellos y vivir en condiciones que estén a la altura de

la dignidad humana. En cada una de sus páginas, este Atlas repite el verso formidable de Miquel Martí i Pol, que debemos grabar en nuestra mente para inspirar nuestro comportamiento cotidiano: “¿Quién, si no todos?” Siglo en que se irán eliminando las vallas que separan y se establecerán los puentes y los lazos que unen. Frente a los que se empeñan en mantener su poder por la separación territorial y cultural, la intercomunicación, la red de redes, irá proporcionando al conjunto de la tierra un rostro más humano. Sin privilegios, sin exclusiones.

La definición suprema de cultura es el comportamiento cotidiano. La diversidad, como el amor, la libertad, la paz... se conquistan cada día, se rehacen cada amanecer. El Atlas de la diversidad nos ayuda a pensar en el conjunto y en cada criatura a la vez. En atender más el desarrollo social que el económico. Tuvieron que transcurrir 50 años, desde la fundación de las Naciones Unidas en 1945, en San Francisco, a la celebración en Copenhague de la Cumbre del Desarrollo Social, en 1995, para que se comprendiera que centenares de reuniones centradas en el desarrollo económico se habían olvidado, a la postre, del protagonista y beneficiario del desarrollo: cada ser humano. El dinero, el brillo del oro, ha regido en el mundo. Tendrán que ser otras luces las que lo guíen a partir de ahora. Sobre todo después de la dejación de las responsabilidades de gobierno que ha supuesto transferir al mercado, a sus fluctuaciones y veleidades, deberes que debían ejercerse orientados por valores universales. Habrá que retomar con urgencia la gobernanza sobre la base de unos principios éticos, únicos que permitirán que se mantenga y se fomente la diversidad cultural de los pueblos.

Frente al inmenso poder mediático, frente a la emigración de talentos y la concentración de creatividad e innovación, el Atlas que tiene ante sus ojos

nos muestra, lector, el inigualable poder del espíritu de todos los ciudadanos, de sus voces unidas, conscientes por vez primera de que comparten un destino común.

Desde los recursos marinos y la apropiación y uso de los océanos hasta el diálogo interreligioso y la diversidad cultural de la Unión Europea, el abastecimiento de agua o las características de Los Ángeles, Sao Paulo, Nueva York, Londres, Tokio y Moscú como metrópolis multiculturales, pasando por la significación del budismo o la situación laboral de las mujeres... en el Atlas hallamos hechos... y sueños. En cada mapa, además, se ofrecen las referencias para aprender más sobre el tema abordado, para profundizar en alguno de los aspectos abordados en el mismo.

Como científico, mi enhorabuena más sincera a todos quienes, en las distintas fases de la elaboración de esta obra, han aportado su saber y sus destrezas.

De su lectura y observación se deduce que la diversidad natural y cultural es patrimonio de la humanidad, es riqueza que cada ser humano debe proteger sin cesar, inspirado por las palabras de Salvador Espriu en su poema “Indessienter”:

“L’ aigua, la terra,  
l’ aire, el foc  
sòn seus,  
si s’ arrisca d’ un cop  
a ser qui es.  
Caldrà que digui  
de seguida prou



que vulgui ara  
caminar de nou,  
alçat, sense repós...  
contra el vent”